

mal y los entrega á la criminalidad. El crimen germina mucho tiempo en ellos difuso y flotante, casi inconsciente, y sus almas se van lentamente ennegreciendo. Los actos infames no se improvisan; no llegan de una sola vez y del primer empuje á la perfeccion; crecen y maduran informes é indecisos, y el ambiente de las ideas que respiran los mantiene vivos y dispuestos para el dia propicio. La idea de entregarse á la matanza para conseguir el trono, insistimos en esto, vivía hacia mucho tiempo en el espíritu de Luis Bonaparte; era posible en su alma. Iba y venia en ella como una larva en un aquarium, confundida en la oscuridad con las dudas, los apetitos, los expedientes y los sueños de no sé qué socialismo cesarista, como una hidra que se entrevé en una transparencia de caos. Apenas tenia conciencia él mismo de que abrigaba idea tan deforme. Cuando la necesitó, la encontró armada y dispuesta á servirle; se habia nutrido en la oscuridad de su cerebro insondable. Los abismos conservan los monstruos.

Hasta el terrible 4 de Diciembre quizá Luis Bonaparte no se conocia á sí mismo. Los que estudiaban el curioso animal imperial no le creian capaz de ser feroz. Veian en él una especie de sér mixto, que aplicaba talento de estafador á sueños de imperio, que aunque fuese coronado seria un tunante. Le creian incapaz de alcanzar ninguna altura, ni la de la infamia; le tenian por una medianía, un poco superior á los pequeños pilluelos y un poco inferior á los grandes malhechores. Le creian apto para practicar todo lo que se hace en los garitos y en las tabernas, pero con esta trasposicion, la de trampear en la taberna y la de asesinar en el garito.

La matanza del boulevard desnudó bruscamente su alma y la vieron tal como era: despojado de los motes ridículos de *Gros-Réc* y *Badinguet*, quedó en él solo el bandido; se vió que era el verdadero Contrafatto oculto tras el falso Bonaparte.

La multitud se estremeció al verle tal como era.

Las apologías que intentaron hacer de él fracasaron. Es cándido elogiar á Bonaparte: ha sido fácil elogiar á Dupin, pero limpiarle es ya operacion muy complicada. ¿Cómo defender el 4 de Diciembre? Justificar es más difícil que glorificar; la esponja trabaja con más dificultad que el incienso, y los panegiristas del golpe de Estado no han podi-

do conseguir su objeto. La gran inteligencia de Jorge Sand intentó esta lamentable rehabilitacion; pero siempre, hágase lo que se quiera, ha de reaparecer la cifra monstruosa de los muertos. No es posible ninguna atenuacion.

El hecho del 4 de Diciembre es la puñalada más colosal que un bandido suelto en medio de la civilizacion dió jamás, no á un pueblo, sino al género humano. La monstruosa puñalada derribó á Paris, y derribar á Paris es derribar la conciencia, la razon y la libertad humana. Extender en el arroyo el progreso de los siglos, es apagar la antorcha de la justicia, de la verdad y de la vida; esto es lo que hizo Bonaparte el dia 4.

Completo fué el éxito que obtuvo el miserable. El 2 de Diciembre estaba perdido, pero el 4 salvó al 2. Fué algo parecido á Eróstrato salvando á Judas. Paris comprendió que aun no habia alcanzado el colmo del horror, y que más allá del opresor está el verdugo. Hé aquí lo que es un bandido que roba el manto de César. Aquel hombre era pequeño y espantoso. Paris consintió aquel espanto. Renunció á decir la última palabra, se acostó y se hizo el muerto. En aquel acontecimiento hubo algo de asfixia.

Aquel crimen no se parece á nada. Cualquiera que despues de muchos siglos, llámese Esquilo ó Tácito, levante su cubierta, olerá la fetidez. Paris se resignó, Paris se rindió, la novedad hizo eficaz al crimen; Paris abdicó, Paris casi dejó de ser Paris, y al dia siguiente pudo oirse en la oscuridad el choque de los dientes de este titán aterrado.

Insistamos en esto, porque es necesario confirmar las leyes morales. Luis Bonaparte continuó siendo despues del 4 de Diciembre Napoleon el Pequeño. Aquella enormidad le dejó enano, porque la dimension del crimen no cambia la estatura del criminal, y la pequeñez del asesino se resiste á la inmensidad del asesinato. De todos modos, el pigmeo venció al coloso. Hay que hacer esta confesion, por humillante que sea.

A estos rubores está condenada la gran deshonrada, que se llama historia.



CUARTA JORNADA

La victoria.

I.

Hechos de la noche.—La calle Tiquetonne.

Quando acabó de decir Mathieu de la Drome:—“Estamos en Nápoles sufriendo la tiranía del rey Bomba”, Carlos Gambon entró, dejándose caer en una silla; Bancel le seguia y dijo:—“Esto es horrible, venimos de allí”. En seguida entró Labrousse. Era urgente abandonar aquella casa, que iban ya á cercar; hacia algunos momentos que la desierta calle Monthabor se llenaba de hombres sospechosos que se fijaban en el número 11. Labrousse nos dijo:—“Acabo de ver á Longepied, que nos está rondando.” Nos separamos, yéndonos cada uno por un lado. No sabíamos dónde nos reuniríamos si por fortuna nos volvíamos á ver.

Yo me dirigí á los boulevares deseoso de ver lo que pasaba, que antes ya referí. Bancel y Versigny se me unieron en el camino.

Quando salia del boulevard, confundido entre el torbellino de la gente aterrada, sin saber á dónde me dirigia, volviendo hácia el centro de Paris, bruscamente una voz me dijo al oido:—“Quiero que veais una cosa.” El que me hablaba era E. P.

E. P. es autor dramático, hombre de talento, al que en la época de Luis Felipe conseguí exceptuar del servicio militar. Hacia cuatro años que no le veia y me hablaba como si nos hubiéramos visto el dia anterior.

—Ah! Sois vos! le dije. ¿Para qué me necesitais?

—Vivo en aquella casa; venid, me contestó.

Me hizo internar en una calle oscura, desde la que oíamos detonaciones; en el fondo de la calle habia una barricada deshecha.

—Pueden tambien venir estos caballeros, dijo E. P. á los dos representantes que me acompañaban.

—Qué calle es esta? le pregunté.

—La calle Tiquetonne. Venid.

Le seguimos.

E. P. se paró delante de una casa

alta y negra. Empujó una puerta que estaba entornada, despues otra, y entramos en una sala baja y tranquila, que una lámpara iluminaba. La sala parecia contigua á una tienda. En el fondo se veian dos camas casi juntas, una grande y una pequeña. Sobre la pequeña habia un retrato de mujer, y encima del retrato un ramo de boj bendito.

La lámpara estaba colocada sobre una chimenea, en la que ardia escaso fuego.

Cerca de la lámpara, en una silla, se veia una mujer anciana, encorvada, plegada en dos, como si estuviese rota, sobre un objeto que ocultaba la oscuridad y que tenia en brazos. Me aproximé y ví que era un niño muerto.

La pobre mujer sollozaba silenciosamente.

E. P., que era de casa, la tocó en la espalda y la dijo:

—Dejádnosle ver.

La anciana levantó la cabeza y entonces vimos que sostenia en las rodillas á un niño hermoso y pálido, medio desnudo, que tenia en la frente dos agujeros rojos.

La anciana me miró casi sin verme y murmuró, hablando consigo misma:

—¡Esta mañana me llamaba aun abuelita!

E. P. cogió la mano del niño, la soltó, y aquella mano cayó inerte.

—Siete años! me dijo.

Con un cubo de agua que habia en el suelo habian lavado la cara del niño, de cuya frente salian dos hilos de sangre.

En el fondo del aposento, cerca de un armario entreabierto, dentro del que se veia mucha ropa blanca, estaba de pié una mujer de cuarenta años, pobre, grave, limpia y bastante hermosa.

—Es una vecina, me dijo E. P.

Me explicó que el médico que vivia en aquella misma casa bajó á ver al niño y dijo que no tenia remedio; le habian herido dos balas en la cabeza en el momento de atravesar la calle para huir, y en ese estado lo trajeron á su abuela, que no tenia en el mundo más que á él.

El retrato de la madre muerta estaba encima de la cama del niño.

El niño conservaba los ojos entreabiertos. La abuela, al través de los sollozos, hablaba á intervalos:—¡Es posible, Dios mio! Esto es increíble! Bandidos! ¡A eso se llama gobierno!

—Sí, la contesté yo.

Acabamos de desnudar al niño; yo le

besé en la frente. Versigny y Bancel le quitaron las medias. La abuela exclamó:

—No le hagais daño.

Dijo esto cogiendo sus dos pies helados y blancos, con la idea de calentarlos con sus manos frías.

Cuando estuvo desnudo, para amortajarle sacamos una sábana del armario. Entonces la abuela, sollozando, gritó:

—Quiero que me lo devuelvan!

Despues se irguió, y mirándonos con fijeza, nos dijo cosas terribles, en las que mezclaba á Bonaparte, á Dios, á su nieto, á la hija que habia perdido, lívida y hosca, dirigiéndonos reproches. La vecina que estaba allí con nosotros se me acercó, y sin decirme una palabra me enjugó la boca con su pañuelo al ver que tenia sangre en los labios.

Salimos de allí conmovidos.

Era completamente de noche.

Bancel y Versigny se separaron de mí.

II.

Hechos de la noche.—El barrio de los Mercados.

Volví á mi escondite de la calle de Richelieu, número 19.

Ya no se oían descargas y me pareció que la matanza habia terminado.

Cuando iba á llamar á la puerta de la susodicha casa vacilé un momento, porque ví en ella un hombre que creia que estaba en acecho. Le dirigí la palabra diciéndole:

—Parece que estais esperando á alguno.

—Sí, me contestó.

—A quién?

—A vos. Luego añadió en voz baja:—Vengo á hablaros.

Miré aquel hombre á la luz de un farol que le alumbraba y ví que era un jóven de barba rubia, de blusa azul, cuyo aspecto indicaba al pensador y cuyas manos robustas denunciaban al obrero.

—Quién sois? le pregunté.

—Pertenezco á la asociacion de los Hormeros y os conozco, ciudadano Víctor Hugo.

—Quién os envía?

—El ciudadano King, me respondió en voz baja.

—Está bien. ¿Qué teneis que comunicarme?

Entonces, tomando la palabra, me dijo que no debíamos desesperar, que él

y sus amigos continuarían resistiendo, que deseaban mi presencia, y que si acudía á las diez debajo de la arcada Colbert, él ó algunos de los suyos me conducirían donde estuvieran sus compañeros. Convinimos en esta contraseña: "¿Qué hace José?"

No sé si él creyó que yo dudaba ó desconfiaba de él; lo cierto es que me dijo bruscamente:

—Comprendo que no estais obligado á crearme; no se tiene presente todo lo que se debe, y debian haberme dado alguna carta firmada. En momentos como estos se desconfía de todo el mundo.

—Al contrario, le contesté, se debe confiar en todo el mundo. A las diez estaré en el arco de Colbert.

Me separé de él y entré en mi asilo. Estaba cansado; me dejé caer en un sillón, comí un bocado y me dormí. Pero me acometió uno de esos sueños llenos de espectros; volví á ver el niño muerto, pero entonces los agujeros rojos de su frente eran dos bocas: la una decia Morny y la otra Saint-Arnaud. Bruscamente desperté, experimentando una sacudida. Miré la hora, pero se me habia olvidado dar cuerda al reloj; éste se habia parado. Salí precipitadamente de la habitacion. Encontré la calle desierta y las tiendas cerradas. En la plaza Louvois oí sonar un reloj que dió las nueve. En pocos instantes llegué al arco Colbert; miré, pero no ví allí á nadie.

No podia permanecer en aquel punto, porque habia allí inmediato un puesto de policia y pasaban patrullas á cada instante. Me interné en la calle y tambien estaba desierta. Al llegar á la esquina de la calle Vivienne ví un hombre parado delante de un cartel, que estaba rasgándole y arrancándole. Me aproximé á él, pero sin duda me tomó por un agente de policia y huyó á escape. Retrocedí hasta el arco Colbert, y al llegar, pasó cerca de mí un obrero, que me dijo con rapidez:

—¿Qué hace José?

Reconocí al hormero.

—Venid, me dijo.

Echamos á andar sin hablarnos, como si no nos conociéramos; él iba delante y yo le seguía á cierta distancia.

Fuimos primero á dos casas, en las que no habia llegado ninguna noticia de las asociaciones.

—Vamos al tercer sitio, me dijo el hormero, explicándome que se habian dado cita en tres sitios sucesivos, para tener seguridad de encontrarse si la policia

averiguaba el primero y el segundo de los puntos de reunion.

Llegamos al barrio de los Mercados. Durante todo el dia se habian batido allí y no habia faroles en las calles. Nos deteníamos de vez en cuando para escuchar, para que no nos sorprendiera ninguna patrulla. Saltamos una empalizada de tablas casi destruidas, cuyos restos sirvieron sin duda para levantar una barricada, y atravesamos las vastas demoliciones que llenaban en aquella época los emplazamientos de las calles Montmartre y Montorgueil. En las altas paredes desmanteladas se veia temblar rojiza claridad; sin duda la producian los reflejos de las hogueras del vivac de las tropas que estaban acampadas en los mercados y en San Eustaquio. A pesar de prestarnos alguna luz aquel reflejo, el hormero casi cayó en un hoyo profundo, que era el sótano de una casa demolida. Al salir de aquellos sitios llenos de minas vimos aquí y allá algunos árboles, restos de los antiguos jardines destruidos; entramos en calles estrechas, tortuosas y completamente oscuras, pero el hormero caminaba por allí como si estuviésemos en pleno dia. Se volvió y me dijo:

—Todo el barrio está lleno de barricadas, y si nuestros amigos las defienden, como espero, os respondo de que la lucha será larga. Aquí teneis una, añadió, parándose de pronto.

En efecto, habia, á siete ú ocho pasos de nosotros, una barricada de adoquines, que en la oscuridad aparecia como un muro arruinado; en una de sus extremidades habian practicado una abertura estrecha. La franqueamos y detrás de la barricada no encontramos á nadie.

—Se han batido aquí hace poco tiempo, me dijo el hormero en voz baja, y añadió despues de un momento de silencio:—Nos acercamos ya.

Como la calle estaba desempedrada, habia sitios que era necesario evitar. Pasábamos con trabajo de un adoquin á otro, y algunas veces dando saltos: por profunda que sea la oscuridad, flota siempre en ella algo de resplandor; caminando, divisamos en el suelo, cerca de la acera, un objeto que se asemejaba á una forma prolongada.—"Diablo! exclamó mi guia, íbamos á pasar por encima.", Sacó un fósforo del bolsillo, lo frotó en la manga de la blusa y lo encendió. La claridad iluminó una faz descolorida que nos miraba con ojos fijos. Era un cadáver abandonado allí. Era un anciano,

que habia casi tomado la actitud de un hombre puesto en cruz; sus brazos extendidos y sus cabellos blancos se hundian en el barro; habia debajo de él un gran charco de sangre; ancha y negruzca abertura le señalaba en el chaleco el sitio por donde le entró la bala, atravesándole el pecho. El hormero le levantó uno de los brazos y dijo que tenia la clavícula rota. La cabeza se movió, y la boca abierta se volvió hácia nosotros como si quisiera hablarnos. Miré aquella vision, casi la oí... pero bruscamente desapareció. Aquel semblante se sumergió otra vez en la oscuridad; el fósforo se habia apagado.

Nos alejamos silenciosamente y continuamos avanzando. No se veia ni una sola luz en el fondo de las casas; parecia que vagáramos sobre una tumba inmensa.

Una voz firme, sonora y viril, súbitamente en la oscuridad, preguntó:—Quién vive?

—Ahí están! exclamó el hormero, y silbó de un modo especial.

—Entrad! contestó la voz.

Nos encontramos en otra barricada. Era un poco más alta que la anterior, y separaban una de otra cien pasos; la habian construido con toneles, que llenaron de adoquines, y se veian en lo alto las ruedas de un carreton, metido entre los toneles; además habia acumulados postes y tablas. Tambien tenia una abertura estrecha como la otra barricada.

—Ciudadanos, preguntó el hormero entrando allí, cuántos sois?

—Somos dos, contestó la voz que habia dado el quién vive.

—Nada más?

—Nada más.

Dos hombres solos esperaban el choque de un regimiento aquella noche, en aquella calle desierta y detrás de aquel monton de piedras.

Los dos eran obreros, llevaban blusa, algunos cartuchos en los bolsillos y el fusil á la espalda.

—Vámonos, me dijo el hormero impaciente; los amigos no han llegado aun.

—Pues bien, esperémosles.

El hormero estuvo hablando unos momentos en voz baja á uno de los defensores de la barricada, y sin duda le dijo mi nombre, porque se acercó y me saludó:—Ciudadano representante, mucho calor hará aquí dentro de poco.

—Entre tanto hace mucho frio, le contesté sonriendo.

Así era. La calle, completamente des-empedrada, detrás de la barricada formaba una cloaca, y el agua nos llegaba á los tobillos.

—Al participaros que pronto hará aquí mucho calor, quise deciros que debeis alejaros de aquí, replicó el obrero.

El hornero, poniéndole la mano en el hombro, repuso:

—Compañero, es necesario que nos quedemos. Nuestro sitio de reunion es la ambulancia, que está á dos pasos de aquí.

—De todos modos, el ciudadano representante hará bien en irse más lejos, añadió el otro obrero.

—Donde vosotros esteis tambien puedo estar yo, le repliqué.

La calle estaba completamente oscura y el cielo encapotado. Dentro de la barricada, á la izquierda y cerca de la abertura, se divisaba un cierre alto compuesto de tablas mal unidas, al través de las que se veía en algunos puntos débil claridad: por encima de dicho cierre subía hasta perderse de vista una casa de seis ó siete pisos, cuya planta baja estaba en reparacion y cerraba las citadas tablas. Un rayo de luz que salía de las rendijas se reflejaba en la pared de enfrente é iluminaba un cartel deslucido y desgarrado, que decía: "Asnières. Luchas en el agua. Gran baile."

Al lado del cercado de tablas se entreveía una puerta estrecha y baja, que más parecía puerta de cabaña que puerta de tienda. La tienda estaba herméticamente cerrada, y parecía que la puerta tambien lo estuviera, pero el hornero la empujó suavemente y abrió.

—Entremos, dijo.

Entré primero, me siguió él y cerró la puerta detrás de nosotros. Nos encontramos en una sala baja; hácia el fondo, una puerta entornada dejaba pasar un rayo de luz, cuya claridad hacia entrever confusamente un mostrador y una estufa pintada de negro y blanco.

Se oían suspiros ahogados, breves é intermitentes, que salían de una pieza inmediata de la que provenía la luz. Salimos por la puerta entornada, atravesando la sala, y entramos en un vasto desvan, que iluminaba una bujía, al otro lado de las tablas que nos separaban de la barricada.

Aquel desvan era el piso bajo que estaban demoliendo. Delgadas columnas de hierro, pintadas de rojo y clavadas en baldosas de piedra, sostenían las viguetas del techo; enorme amazon de made-

ra, colocado en el centro de la pared de lantera, sostenía la viga transversal y guesa del primer piso; es decir, sostenía toda la casa. En uno de los rincones había varias herramientas de albañilería, un monton de yeso y una escala doble. Algunas sillas de paja estaban esparcidas aquí y allá. No había en el suelo otro piso que el de la tierra húmeda. Al lado de una mesa, en la que brillaba una bujía, y entre varios frascos que contenían medicamentos, estaba una mujer anciana y una niña de ocho años; la mujer sentada y la niña acurrucada, y tenían delante de ellas un gran cesto de trapos y estaban haciendo hilas. En el fondo de la sala, que se perdía en la oscuridad, había tendida una estera de paja, que sostenía tres colchones. De aquella parte salían los gemidos.

—Esta es la ambulancia, me dijo el hornero.

La anciana volvió la cabeza y al vernos se estremeció convulsivamente, pero despues que la tranquilizó sin duda la blusa del obrero, se levantó y se vino hácia nosotros.

El hornero le dijo algunas palabras al oído, y ella le contestó que no había visto á nadie, y que lo que más la inquietaba era que aun no había vuelto su marido, y que toda la noche estaba oyendo tiros.

Dos hombres ocupaban los dos colchones del fondo; el tercer colchon estaba vacío.

El herido que estaba más cerca de mí había recibido una bala de cañon en el vientre, y era el que se quejaba. La anciana se acercó al colchon con la bujía y luego nos dijo en voz baja:

—¡Si viérais qué agujero tiene en el vientre! Le hemos metido un monton de hilas como el puño. No ha cumplido aun veinticinco años y quizá no viva hasta mañana.

El otro era un jóven que apenas tenía diez y ocho años, y á la anciana le pareció que era estudiante. Le envolvían la parte baja del rostro trapos ensangrentados; recibió una bala en la boca, que le rompió la mandíbula. Era víctima de gran calentura y nos miraba con ojos brillantes. Extendía de vez en cuando el brazo derecho hasta un cubo lleno de agua, en el que empapaba una esponja, que acercaba al rostro y se humedecía la herida. Sus ojos se fijaban en mí con tenacidad. Me acerqué á él y le tendí la mano, que retuvo entre las suyas.—Me conoceis? le pregunté. Me con-

testó sí, dándome un apretón de mano que me llegó al corazón.

El hornero me dijo:

—Esperadme aquí un instante, que vuelvo. Voy á ver si encuentro un fusil en el barrio. Quereis otro?

—No; me quedo aquí desarmado: entro á medias en la guerra civil. Estoy dispuesto á morir, pero no á matar.

Preguntándole que si sus amigos vendrian, me contestó que no comprendía lo que estaba sucediendo; que debían estar ya reunidos los miembros de las asociaciones; que en vez de dos debía haber veinte en la barricada, y que en la calle, en vez de dos barricadas, debía haber diez; de todos modos me dijo que iba á ver lo que pasaba y que le esperase.

Entonces se fué.

La anciana había vuelto á sentarse al lado de la niña, que parecía no comprender nada de lo que pasaba y que me miraba con asombro.

La anciana exclamó:

—Mi pobre marido no ha vuelto aun! Le habrá sucedido alguna desgracia!

Con exclamaciones que partían el corazón lloraba á lágrima viva, pero continuaba haciendo hilas. Yo no podía apartar de la memoria al anciano que encontramos cerca de allí extendido junto á la barricada.

En la mesa había un periódico que desplegué. Era *La P...*; el resto del título estaba rasgado. Estaba en él marcada una mano sangrienta; probablemente la puso algun herido en la mesa en que descansaba el periódico. Mis ojos tropezaron con estas líneas:

"Victor Hugo acaba de publicar un llamamiento al asesinato y al pillaje."

En estos términos el periódico del *Éliseo* calificaba la proclama que dicté á Baudin y que ya conocen los lectores.

Cuando arrojé el periódico lejos de mí entró uno de los defensores de la barricada, el de menor estatura. Pidió un vaso de agua. Al lado de los dos frascos había una botella y un vaso. Bebió con avidez. Venía mordiendo un pedazo de pan y de salchichon que traía en la mano.

De pronto oimos varias detonaciones sucesivas y lejanas. En el silencio de aquella noche oscura se asemejaban al ruido de un carro de leña que descargan sobre el empedrado.

La voz del otro combatiente gritó desde fuera:—Esto empieza.

—¿Tengo tiempo para acabarme lo

que estoy comiendo? preguntó el recién entrado.

—Sí, le contestó el otro.

El que estaba cerca de mí me dijo:

—Ciudadano representante, empiezan las descargas por pelotones, atacan la barricada y creo que debeis marcharos.

—Pero vosotros os quedais?

—Nosotros estamos armados y vos no. Os pueden matar sin ningun provecho. No teniendo fusil, debeis marcharos.

—No puedo, le dije; estoy aquí esperando á un compañero.

Insistió, pero comprendiendo que mi deber me hacia quedar allí, se fué.

Entre tanto las detonaciones se oían cada vez más cerca. El hornero apareció en el dintel de la ambulancia. Estaba muy pálido.

—Vengo á buscaros; es necesario que os retireis. Vámonos.

—Qué significa esto? ¿No vienen vuestros amigos?

—No, me contestó; todo ha concluido.

Entonces me contó con rapidez que recorrió todo el barrio y no pudo encontrar un fusil; que los operarios de las asociaciones no querían salir á la calle, asustados por la matanza de aquella tarde; que los boulevares estaban sembrados de cadáveres, que iban á atacar la barricada, y que él había oído el ruido de los pasos que se acercaban.

Apenas había terminado de hablar, oimos que gritaron desde la barricada:—Atencion! En seguida sonó un tiro, al que contestó violenta descarga.

Muchas balas dieron en el tabique de la ambulancia, pero como venían en direccion oblicua, ninguna le atravesó. Cayeron ruidosamente en la calle muchos cristales rotos.

—Ya no podemos salir; atacan la barricada, dijo el hornero tomando una silla y sentándose.

Los dos obreros sin duda eran muy buenos tiradores, porque contestaban con vivacidad á las descargas que llovían sobre la barricada. Poco despues el fuego cesó. Tras un momento de silencio se oyó una voz en la barricada que decía:—Vienen á la bayoneta! ¡Marchan á paso de carga! La otra voz contestó:—Vámonos.

Sonó el último tiro. En seguida un golpe violento conmovió el tabique de tablas. Uno de los obreros al marcharse tiró el fusil, que al caer chocó contra el tabique. Despues oimos el paso rápido de los combatientes que se alejaban. Casi al mismo tiempo tumulto de voces